

▶ NUESTRAS MEMORIAS Y OTRAS HISTORIAS ◀

UN NEGOCIO RENTABLE. La mayoría de los cronistas ha pasado de puntillas sobre el espinoso asunto de la esclavitud en tierras valencianas. Fue uno

de los negocios más rentables durante largos períodos de nuestra historia. Y si es justo reconocer que la esclavitud no llegó a las cotas de crueldad que

sí alcanzó más allá del Atlántico, no es menos cierto que nuestros puertos fueron famosos como destino y salida de generaciones de esclavos.

JOSE LUIS TORMO

Transcurridos más de quinientos años desde que el médico alemán Jerónimo Münzer dejara escritas sus observaciones e impresiones tras un viaje de dos años por la Península Ibérica, su descripción de la presencia de esclavos en Valencia —entonces capital financiera de los Reyes Católicos— continúa estremeciendo. «Vi personas de ambos sexos que estaban puestas a la venta en una casa de Valencia. Eran de Tenerife, en las islas Canarias. Un mercader de Valencia trajo ochenta y siete en una nave. Catorce de ellos, murieron en la travesía». No era el de la capital el único puerto valenciano que recibía mercancía humana para su venta. Otros puertos, como el de Alicante o el de Denia también fueron destino de naves cargadas de esclavos y en poblaciones norteafricanas del interior, como la industriosa Morella y su entorno, su presencia era numerosa. La práctica estaba muy extendida en aquel octubre de 1494 en el que Münzer llegó a nuestras tierras y experimentaba un importante auge tras la rebelión y posterior represión de los guanches canarios levantados contra la nueva monarquía española que, personificada en don Fernando el Católico, había ordenado la venta como esclavos de los rebeldes capturados.

A mediados del siglo XIV y sobre todo, a lo largo del siglo XV y coincidiendo con la época de máximo esplendor económico, militar y cultural del Reino de Valencia, la costumbre de adquirir esclavos se generalizó y no sólo para ser utilizados como tales en nuestras tierras: entre el año 1419 y el 1495, de los puertos valencianos salieron innumerables barcos cargados de cautivos, en su mayoría árabes, con rumbo a todos los puertos imaginables, sobre todo los orientales, para su venta. Eran numerosos los navíos valencianos dedicados a capturar futuros esclavos como actividad suplementaria para redondear la rentabilidad de las travesías. Por aquellos años su actividad se centraba en los estrechos de Gibraltar, de Sicilia y otras costas próximas. Los asaltos a otras embarcaciones estaban a la orden del día, como lo estaban las incursiones a tierra firme —desde el mar— con el mismo propósito. El negocio fue tan fructífero que se da como muy probable la cifra de unos 20.000 cautivos en el Reino de Valencia a principios del año 1500.

No sólo se era esclavo por el hecho de haber sido capturado y luego vendido como tal. Las reglas

de las autoridades valencianas eran sumamente precisas en este sentido. Los esclavos eran mercancías y como tales debían ser tratados desde el punto de vista administrativo. El propietario quedaba sujeto, por lo tanto, a todos los tributos, aranceles y tasas de cualquier otra importación. En aquel Reino de Valencia se adquiría la condición de esclavo por diversos caminos: Lo era, y sin matices, el hijo de esclavos. También el siervo señalado como garantía de una deuda no atendida en su momento. Los moros adúlteros o los que huían del Reino y eran detenidos sin documentos. Hasta las prostitutas musulmanas eran declaradas esclavas si se descubría que no estaban al día en el pago de los impuestos regla-

mentarios.

La figura administrativa que controlaba el comercio humano —como el resto de importaciones o exportaciones— era el Bayle General del Reino, una institución poderosísima cuyos límites de influencia nunca estuvieron demasiado definidos y que, junto al Mestre Racional, velaba fundamentalmente por la salud financiera de la Corona en cada Reino.

El cautivo era presentado ante el Tribunal del Bayle por el captor —o por su representante legal— que aportaba la documentación con las circunstancias personales y el motivo por el que el futuro esclavo adquiría esa condición. A la presentación de dichos documentos ya se acompañaba el desembolso de una importante

Esclavos a la venta en los mercados valencianos



Grabado de un esclavo y un negrero en el puerto de Valencia.

tasa. Si todo estaba en orden, el cautivo era registrado como tal declarándosele como de «bona guerra». A partir de ese momento pasaba a formar parte del patrimonio de su propietario previa tasación del valor en el mercado de su nueva adquisición. Sobre ese precio estimado, caso de producirse una venta posterior, el Bayle cobraba el 20% de la operación en concepto de derechos. Era un impuesto conocido, en estas y otras transacciones, como el «dret del quínt» o derecho a la quinta parte del valor transmitido.

El desembarco en nuestros puertos de esclavos procedentes del África negra se fue incrementando espectacularmente según se aproximaba el fin del siglo XV. Fue el momento de la gran irrupción en el mercado esclavista de las carabelas portuguesas que, con base en Lisboa, comenzaron a realizar recorridos por las costas atlánticas de África capturando nativos que luego eran vendidos en grandes puertos como el de Sevilla o el de Valencia. Un documento de febrero de 1491, por ejemplo, señala la llegada a Valencia de un navío portugués que, al mando del capitán Alonso de Cádiz, llevaba a bordo un total de 158 esclavos negros para su venta en este mercado. Importante contingente humano que fue superado en número en diversas ocasiones; según otro documento oficial, en septiembre de 1488 se produjo el desembarco en el puerto valenciano de 260 esclavos moros que viajaban hacinados en las bodegas de un barco de reducidas dimensiones.

Curiosamente, los compradores de cautivos no solían ser nobles o grandes terratenientes sino más bien gentes de oficio que invertían en el esclavo para utilizarlo como mano de obra. Los precios, en consecuencia, debían ajustarse a las posibilidades de este tipo de comprador. Por lo general, el precio de las mujeres era superior al de los hombres y entre éstos, los que más se cotizaban eran los blancos, seguidos de canarios y moros, muy abundantes en el mercado de esclavos. Los cautivos de raza negra solían ser tasados con los precios más reducidos. Una mujer joven y blanca alcanzaba, por esos años, precios de hasta 70 libras, mientras que un adulto de raza negra apenas se tasaba en 20 libras. Para aproximarnos a la realidad de esos precios se puede convenir que si un buen oficial especializado ganaba en la época unas cuatro libras mensuales, para poder comprar un esclavo de precio medio debía invertir el equivalente al salario de nueve meses.

PERSONAJES CON NOMBRE DE CALLE

Conde Lumières

J.L.T.

Se trata de don Antonio de Valcárcel Pío de Saboya y Maura, mucho más conocido por el que fue el primero, que no el único, de sus títulos: Conde de Lumières. En Alicante nació don Antonio en 1748 en el seno de una familia de gran lustre y boato (*ocioso es recordarlo dada la superficie de sus apellidos*) emparentada con la antigua casa real italiana de los Saboya. Empezó mal el chico, la verdad. Tenía mucho talento para las cosas más diversas pero desplegaba también mucho carácter. Al final no pasó nada grave y en su familia se sintieron francamente aliviados al conocer que Antonio quería dedicarse a las antigüedades en general, pero no desde la venta sino desde el estudio y la investigación. La moda borbónica de la época era muy proclive al disfrute romántico de la historia y en la aristocrática casa estaban todos encantados. Pasó a Valencia, donde organizó magníficas colecciones de las más diversas disciplinas: Historia natural, mineralogía, maquinaria matemática e incluso, entre otras decenas de textos, dedicó un estudio a la foca, (a la foca, sí) bajo el título «La foca, becerro marino encontrado en Cullera en Mayo de 1782».

Lo bien cierto es que nos encontramos ante el primer auténtico arqueólogo de campo nacido en tierras valencianas que, por ejemplo, inició los trabajos de excavación a la búsqueda de la antigua Lucentum, -antecedente de Alicante- y que en las proximidades de Eix descubrió piezas ibéricas tan valiosas como un león, un jinete y una escultura femenina que por cierto, nadie sabe dónde está. Fue un extraordinario erudito que gustaba de ilustrar sus libros por sí mismo —era un magnífico dibujante—, que pasó una vida de estudio apasionado de todo lo que le gustaba, que fue grande de España, académico de varias, príncipe del Sacro Imperio Romano (de ahí lo de Príncipe Pío, que también era él) y en fin, un número uno. Murió en Aranjuez en 1808 poco después del inicio de la Guerra de la Independencia cuando acababa de ser nombrado vocal de la resistencia anti-napoleónica por la Junta Suprema de Valencia. Brindemos por él.